



LA ORACIÓN DE LA SABIDURÍA: SALOMÓN

Para la oración personal

“Hermanos, cuando fui a vosotros, no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciaros el misterio de Dios, pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado. Y me presenté ante vosotros débil, tímido y tembloroso. Y mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder para que vuestra fe se fundase, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios. Sin embargo, hablamos de sabiduría entre los perfectos, pero no de sabiduría de este mundo ni de los príncipes de este mundo, abocados a la ruina; sino que hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida de todos los príncipes de este mundo - pues de haberla conocido no hubieran crucificado al Señor de la Gloria -. Más bien, como dice la Escritura, anunciamos: lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman” (1 Cor 2, 1-9).

“Los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres” (1 Cor 1, 22-25).

“¡Te alabo, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, ocultando estas cosas a los sabios y entendidos, se las diste a conocer a la gente sencilla!” (Mt 11, 25)

- ¿De qué sabiduría habla Pablo?
- ¿A qué sabios se refiere Jesús?
- ¿Cómo puedes iluminar tu vida con esta sabiduría?

Buscadores de Dios, José Román Flecha - CIPE: www.cipecar.org

Hijo del rey David y de Betsabé. La historia de Salomón se narra en el Primer Libro de los Reyes, 1-11, y en el Segundo Libro de las Crónicas, 1-9. Sucedió a su padre, David, en el trono de Israel hacia el año 970 a. C. (1 Reyes 6,1). Salomón se nos presenta como el prototipo del hombre que busca a Dios al buscar la sabiduría. También él es un buscador de Dios. De un Dios a veces invocado. De un Dios ciertamente adorado. De un Dios al fin abandonado. En ello está la gloria y la miseria del hombre-Salomón.

El Dios invocado

Salomón comienza su reinado eliminando sistemáticamente a todos sus adversarios (1 Re 2). Había sido designado y ungido en medio de la intriga y el favoritismo. Y nunca debió sentirse muy seguro. Es de corazones grandes y magnánimos el saber perdonar. Mirar de frente al hombre que nos ha ofendido es una prueba que delata a los corazones fuertes.

Salomón va a Gabaón, atravesando las tierras que un día había recorrido Samuel. Es una peregrinación. El nuevo rey quiere invocar a su Dios. Y su Dios se le muestra en la cercana lejanía, en la inmediata trascendencia de los sueños. El nuevo rey sólo pide: una sabiduría práctica. El don del consejo para regir a su pueblo. Vemos aquí la clarividencia de quien elige lo esencial.

“Yahvé se apareció a Salomón... y le dijo: Pide lo que quisieres que yo te dé. Y Salomón dijo:... Da pues a tu siervo un corazón dócil para juzgar a tu pueblo, para discernir entre lo bueno y lo malo [para poder gobernar....]” (1 Reyes 3,5-9).

“Y respondió Dios: lo he hecho conforme a tus palabras: he aquí que te he dado corazón sabio y entendido” (1 Reyes 3,11-12).

El hombre que acepta los caminos de su Señor no es alguien a quien se le ahorra el esfuerzo para aprender los secretos de la naturaleza, ni el que archiva en su mente datos y referencias. El

hombre de la sabiduría es el que descubre el sentido de los acontecimientos. Nunca es insolente ni altanero. El hombre sabio vive abierto al misterio de las cosas y los hombres. Vive en el asombro, en la sencillez de la escucha y en la generosidad de la luz compartida.

El Dios adorado

Salomón construye el templo que David, su padre, había proyectado. Natán, el profeta había dicho a David que Dios pretendía fundarle a él una casa, pero la decisión de Salomón empequeñece el contenido de aquella profecía. El reinado de Salomón tiende a poner a Dios al servicio de una política centralizadora. El rey David había respetado algo más la libertad y trascendencia de un Dios inaferrable. Y Salomón se nos presenta como el prototipo del triunfo, del acomodo y los anclajes. El pueblo de Israel ha vivido siempre entre el desierto y el encinar. Sus casas eran las tiendas de los beduinos y su estilo la sencillez. Con Salomón, Israel se asienta en la ciudad. El templo sustituye a la tienda. Y el refinamiento del sedentario a la provisionalidad del hombre nómada.

Hay sinceridad en la plegaria del rey pero hay también intereses. Se inclina ante un Dios adorado, pero a veces nos parece encontramos ante un Dios domesticado:

“Yahvéh, Dios de Israel, no hay Dios como tú en lo alto de los cielos ni abajo sobre la tierra, tú que guardas la alianza y el amor a tus siervos que andan en tu presencia con todo su corazón... Mantén a tu siervo David mi padre la promesa que le hiciste diciéndole: Nunca será quitado de mi presencia uno de los cielos no pueden contenerte, ¡cuánto menos esta casa que yo te he construido!...” (1 Re 8, 22-29).

El hombre sabio no intenta acomodar a Dios a sus planes personales, sino que intenta descubrir y seguir, en lenta y difícil itinerancia, los planes de su Dios. El hombre sabio no se atreve a disponer de Dios, sino que se pone a disposición de su Dios.

El Dios abandonado

Sus abundantes riquezas se justifican en la promoción del comercio y en la seguridad de un reinado en paz (1 Re 10,14-29). Sus numerosas mujeres se explican las alianzas con los países limítrofes.

La razón para la decadencia final del reinado: «En la ancianidad de Salomón sus mujeres inclinaron su corazón tras otros dioses, y su corazón no fue por entero de Yahvéh su Dios, como el corazón de David su padre» (1 Re 11, 4).

El Dios invocado y adorado, es también el Dios abandonado. Para Salomón su sabiduría no estaba en las cosas que llegó a conocer, sino en el Dios al que, titubeante y débil, invocaba y adoraba.

Ahora, como entonces, el hombre-Salomón es sabio en la medida en que se acerca, tembloroso y sereno a la vez, al misterio que ilumina toda decisión. Es sabio el que busca y escucha, el que invoca y atiende. Es sabio quien renuncia a constituirse a sí mismo en centro referencial de toda la existencia. Es sabio quien se asombra y no alardea. Es sabio quien se interroga y se extasía.

Para la reflexión y la oración en grupo

La sabiduría en el A. T. se basaba en *seguir los mandamientos*. “*Salomón amó a Yahvé, andando en los estatutos de su padre David*” (1 Reyes 3,3). Él tenía claro que “La Ley de Yahvé... hace sabio al sencillo” (Salmo 19,8). “Él [Dios] halló todos los caminos de la sabiduría, y la ha dado a Jacob, su siervo, a Israel, a quien ama. Así apareció en la tierra la sabiduría y ha vivido con los hombres” (Baruc 3,37-38).

La “rectitud” y “justicia” que se difundía en la sociedad al aplicar la Ley de Dios lograba la prosperidad de del reino, alcanzando el mayor esplendor de la monarquía israelita. Salomón mantuvo en general la paz con los reinos vecinos.

- ¿En nuestra sociedad y en la comunidad cristiana se puede aplicar este criterio: La paz es fruto de la justicia?